

# Naturaleza de la Democracia

En un encuentro realizado hace días en Antofagasta entre dirigentes del Partido Renovación Nacional y profesionales jóvenes de esa ciudad nortina, el presidente de la colectividad, Ricardo Rivadeneira, junto con exhortar a los asistentes a luchar por conservar y proyectar la obra del Gobierno, les previno que "la democracia no es, en sí misma, solución para los problemas. Es una forma de dar alternativas de solución al país, pero la democracia en sí misma no es sustantivamente buena o mala".

Con esa afirmación, Rivadeneira ha vuelto una vez más sobre una de las definiciones básicas entre las que ha elaborado el Gobierno, cual es la de la democracia como un medio y no un fin.

En efecto, la democracia no constituye un valor en sí misma, un objetivo que deba lograrse por sus cualidades intrínsecas, sino que es sola-

mente un medio, cuyo valor está subordinado a la utilidad que importe en la práctica. Así, si en la realidad ella permite presentar alternativas de gobierno concordes con las exigencias de la naturaleza humana y basada en los principios morales fundamentales, entonces la democracia es buena y debe conservarse tal cual. Si por el contrario constituye nada más que un trampolín para que grupos normalmente minoritarios, arrogándose o no el respaldo de la mayoría, destruyan esa misma democracia, entonces significa que algo anda mal y que ella necesita corregirse, complementarse o protegerse.

La democracia, como cualquier método humano, es fáilible y tiene enormidad de necesidades. Por eso debe admitir en su seno instituciones complementarias, protecciones constitucionales y sobre todo una base social desarrollada, a fin de que pueda funcionar ade-

cuadamente. Sin ellas, la democracia, por su propia naturaleza de neutralidad valórica o axiológica, habrá de llevar sobre sus hombros, el germen de su propia destrucción.

Por otra parte, hay que recordar que también por ser nada más que un medio, es decir por carecer de un contenido axiológico intrínseco, la democracia no deberá ser nunca vista como "la" solución a los problemas de un país. Desvirtuar la naturaleza de la democracia dándole un carácter finalista del que carece por definición, y cifrar en su pretendida bondad esencial esperanzas utópicas de solución a los problemas que aquejan a los chilenos, no sólo es una actitud que la experiencia histórica permite prever como falsa, sino que también es una actitud errónea que más de alguna frustración habrá de producir en quien la adopte.